

del movimiento formidable que se propaga en las masas, desde ese caótico y misterioso mundo eslavo.

Las naciones en donde la máquina no es todavía un Moloch devorador, están en mejor situación para estudiar el problema y para resolverlo. Es urgente que lo hagan.

La fe y la voluntad de un hombre, junto con su talento de organizador, detuvieron la marcha del protestantismo en España. ¿No podrá salir del fecundo seno de la raza un Salvador?

Ochenta millones de hombres ardiendo en una sola fe, sintiéndose unidos por la sangre y por la historia, imitando la energía creadora de la metrópoli que les dio el ser, pueden formar una voluntad incomparable; y dice el poeta: "Si una voluntad se levanta, armada de un gran designio, sólo en ella está el centro del Orbe."

Que nuestros esfuerzos sean concordes en esta gran obra presente: es nuestro interés y nuestra defensa. Desde el Bravo hasta el Cabo de Hornos deben latir todos los corazones con un acendrado amor a España; así nos recordaremos siempre hermanos y cuando el peligro común se cierna sobre nosotros, encarándonos con él, le diremos como el gran vidente flamenco:

Yo soy el hijo de esa raza
Cuyos cerebros, más que los dientes,
Son sólidos y son ardientes,
Y son voraces...

G. Fernández Mac. Gregor.

EL DESCUBRIMIENTO DE AMERICA

Composición leída por su autor, Enrique Fernández Granados, en la velada con que la Universidad Nacional, celebró el día 24 de octubre de 1919 el aniversario del descubrimiento de América.

CANTO PRIMERO EL SUEÑO DE LA REINA

Esto dijo a su Corte
de príncipes, prelados y guerreros
Isabel, de Castilla reina augusta,
a tiempo que la adusta
tribu de Agar al Africa volvía
vencida y desolada,
y cuando ya sus brazos extendía
la Cruz sobre las torres de Granada:

"Ayer, mientras oraba
al pie de Jesucristo,
sentí que desmayaba
y que un aire ligero me llevaba,
por cima de los mares,
a un mundo nunca visto.

A un mundo en cuya orilla,
dorada por los rayos de la aurora,
había ¡oh maravilla!
bordado el suelo Flora
con rosas que no eran de Castilla:
¡Qué bellas esas rosas!
¡más que las de Castilla eran hermosas!

Sus divinos olores
infundían en mi alma un dulce anhelo;
y me fui caminando entre las flores
sin dejar en el suelo
de mi paso las huellas...
Alcé la vista al cielo
y vi que me seguían las estrellas.

Llegóse hasta mi oído
un cántico de aves nunca oído;

de aves que del alba a los fulgores
lucían sus espléndidos plumajes,
con las luces de todos los celajes
y del iris con todos los colores.

La acordada armonía
absorbió mis sentidos, de tal modo,
que no advertí que había
dejado el sol su oriente
y que su luz lo iluminaba todo.

De frente al sol, distante,
un monte culminaba de zafiro,
un monte cuya cumbre era un diamante,
tan vivo, claro y puro,
que al ver de nuevo el sol lo miré obscuro.

En suave, raudo giro
sentíme transportada
del monte aquel a la eminente altura;
y miraba asombrada,
doquiera que volvía la mirada,
extensos valles, amplios horizontes,
cordilleras y lagos y vertientes
y anchos, profundos ríos,
y bosques milenarios y sombríos.
Y al pie de aquella cumbre
de idólatras inmensa muchedumbre.

Un hombre hacia mí vino;
y al mirarlo de pie, de mí delante,
sentí mi corazón saltar sin tino;
mas suspensa quedé de su semblante
cuando su acento, que mi oído guarda

con una dulce vibración sonora,
oí que blando y grave me decía:
este mundo que ves, oh reina, ahora,
ha mucho tiempo aguarda
que le salve tu mano redentora.

Y pues gloria tan grande la retarda
el Persa, que en Oriente el paso cierra,
yo hacia el Ocaso buscaré el camino
y tu misión se cumplirá en la tierra.

Y cuando desperté, mientras oraba
al pie de Jesucristo,
vi que el Señor más dulce me miraba,
y que de su costado,

abierto por la herida,
la sangre no manaba;
sino un rayo de luz que a mí bajaba
hasta tocar mi frente enardecida..."

Esto la reina dijo; y un profundo
silencio se siguió; todas las frentes
se inclinaban al suelo reverentes,
cuando un antiguo conde castellano,
de luenga barba y de cabello cano,
de noble acento y aun de firme planta,
al regio trono un paso se adelanta
y tendiendo la mano
exclama alegre, ufano:
¡Gloria a Dios! tal hazaña
digna es, oh reina, del valor de España!

CANTO SEGUNDO

LA SALIDA DE LA NAVE

I

Ya la gente abandona sus hogares
y acude, al paso, a la cercana orilla,
con esa ingenuidad, franca y sencilla,
con que acude a sus gozos y pesares.

Nadie sabe la suerte que los mares
reservan a la frágil navicilla,
que al amparo de Cristo y de Castilla
sale en busca de mundos estelares.

Lenta pasa la hora de la siesta;
es intenso el bochorno, el viento escaso;
una nube su albura manifiesta...

El mar se mira azul, lúcido y raso,
y el nauta su salida ágil apresta
pars seguir al sol, rumbo al Ocaso.

II

¡Oh, qué amarga y cruel la despedida
del que a ausentarse va sin rumbo cierto;
y de la anciana madre que en el puerto
llora eterna del hijo la partida!

¡Oh, cuánta, cuánta lágrima vertida
y qué desolador el desconcierto
en el alma de aquella que en desierto
ve trocarse su senda florecida.

Y con cuánto dolor, del pecho amante
de quien era su amparo y su decoro,
va a sentirse arrancar, un rudo instante,

la esposa fiel, que todo su tesoro
lleva en el brazo; un adormido infante
que posa en él su cabecita de oro...

III

¡A la navel! ¡a la navel! es ya la horal
¡es ya la hora y el Piloto aguarda!
¡arriba! ¡presto! que si alguno tarda,
¡cobardel... en tierra lo hallará la aurora!

¡Ya el agorero el horizonte explora!
¡Feliz presagiol Vedla, qué gallarda!
¡préndele el mar de espuma una guirnalda
y el sol, cayendo, la empurpura y doral!

¡Ya leva el ancla! De la brisa el suave
aliento impulsa la turgente vela!
¡vira a estribor, y al deslizarse grave,

dejando en pos una lumínea estela,
se oye a lo lejos el rumor del AVE
que entona el nauta: AVE MARIS STELLA!

IV

Invadiendo sonora la ribera
la onda inquieta del mar se engruesa y crece,
Véspero en el zenit surge, y parece
perla la luz en la opalina esfera.

De retorno parvada vocinglera
entra en las frondas que la brisa mece,
y lejana la nave desaparece,
como si al cielo penetrado hubiera...

"¡Libérala, Señor, de signo adversol
¡Calme a su paso el mar su ira rugientel
¡Triunfe la fe por todo el universol

¡Protégela, Señor!" clama la gente...
Y sobre el mar, adormecido y terso,
pasa la noche silenciosamente.

NOTA.

El autor se reserva para más tarde la
publicación del tercero y último canto.◇

